

Commander Harold Feeney, “Quijote”. - Hemos perdido un Hermano

Por Ramón Machado (2508)

A finales de Enero de 1961, Enrique Casuso (2507), Jorge Giraud (2524), Manuel Reyes (Reyecito) y yo nos encontrábamos en una casa de seguridad de la CIA en Falls Church, Virginia esperando cada uno de nosotros el traslado a Cuba. Una mañana muy temprano, Guy, el agente de la CIA que estaba en la casa con nosotros para cuidarnos, me sacó de la casa y me introdujo a un oficial del Navy que sería mi contacto a partir de ese momento.

Dicho oficial, el cual hablaba un español impecable, se introdujo e inmediatamente hubo un buen rapor de mutuo respeto, confianza y afecto entre nosotros. Su nombre era Harold Feeney, y en aquel entonces era el Jefe de Inteligencia de la base de Guantánamo. Feeney era el que me iba a llevar a Cuba. Al introducirnos el me llamó por mi nombre y apellido, y se introdujo usando su verdadero nombre, apellido y rango, pero a continuación me dijo: “OK, ya yo se quien tú eres y ya tú sabes quien soy yo. Pero de ahora en adelante prefiero que me llames Quijote, y yo te voy a llamar Pete”.

Inmediatamente nos dirigimos a Patuxent River Air Force Base donde subimos al avión que nos llevaría a Guantánamo. Resultó que el avión era el avión personal de Admiral Burke, el Chief of Naval Operations, que se lo había prestado a Feeney para facilitar la operación. Era un C-54 en el cual habíamos solamente dos pasajeros: Feeney y yo.

Una nota de buen humor: Habíamos despegado como al mediodía, pero no habíamos almorzado. Como a eso de las tres o las cuatro de la tarde salió de la cabina un moreno, vestido de blanco y con un sombrero blanco de esos que usan los cocineros, y procedió a decirnos el menú para preparar la comida. (el avión personal del CNO!). “Hoy puedo preparar filete mignon, pavo, pollo, o pescado. Que prefieren comer?” – Feeney pidió filete, y entonces el moreno me miró y me preguntó qué yo deseaba. Yo estaba tan nervioso pensando en los detalles de la operación que se avecinaba que no tenía hambre, así que le dije al moreno: Yo no deseo nada. En realidad no tengo mucho apetito. Feeney me miró y me dijo: Pete, te aconsejo que comas algo. Recuerda que a lo mejor ésta es “La ultima Cena” para ti. - Bueno, yo también pedí filete, y gracias a Dios no fue mi última cena. A lo largo de los años Feeney y yo siempre nos reímos al recordar este incidente.

Según me explicó Feeney durante el viaje de Patuxent River a Guantánamo, mi infiltración en Cuba iba a ser por medio de la base, y mi misión iba a ser unirme a un grupo de alzados que estaban en las montañas de Baracoa, relativamente cerca de la base. Por medio de mi radio, dado que yo era radiotelegrafista, mi responsabilidad iba a ser coordinar el envío de armas para los alzados.

La información que la CIA tenía en aquellos momentos era que había alrededor de 200 alzados cerca de Mayarí y necesitaban armas para subsistir. La importancia de la misión era grande, pues el objetivo era robustecer este foco de guerrilla en Oriente para obligar a Fidel a movilizar tropas hacia esa zona, muchas de las cuales tendría que sacar de la zona del Escambray. En aquel momento darle un descanso a los alzados del Escambray era una gran prioridad, pues Fidel había concentrado gran cantidad de tropas allí, y los alzados estaban básicamente cercados y necesitaban otro frente lejos de ellos para tener un respiro y poder subsistir.

Una vez que aterrizamos, Quijote me llevó a su oficina, donde conocí a Jack Modessett (Pecos) y Wallace (Wally), los otros miembros del “unholy trio”. La dedicación y esfuerzo de estos tres oficiales navales a favor de nuestra causa fue enorme.

Al día siguiente, temprano por la mañana, Quijote me llevó a ver a dos cubanos que estaban “refugiados” en la base (cuyos nombres no menciono por razones de prudencia y precaución). Ambos eran miembros del MRR y residentes de la zona cercana a la base, y me aleccionaron en cuanto a donde albergarme una vez que estuviera al otro lado de la cerca, el chofer que me sacaría de la base, el chofer que me conduciría a las montañas donde me iba a reunir con los alzados, y otros detalles relacionados con la logística y precauciones de seguridad.

Al terminar el día era el momento para mí de, finalmente, entrar en Cuba. Había en aquel entonces varios centenares de cubanos que vivían en los alrededores de la ciudad cubana de Guantánamo y trabajaban en la base. Entraban a trabajar por la mañana y al final del día salían por el gate de la base para regresar a sus hogares en territorio cubano. Pues bien, ese día uno de los carros que salieron del gate tenía un pasajero adicional.

Durante las 4 o 5 semanas siguientes me las arreglé para sobrevivir, primero en la ciudad de Guantánamo, después en el viaje a las montañas, después durante el tiempo que estuve con los alzados, y finalmente, en el regreso y segunda entrada en la base, esta vez brincando la cerca. No entro en detalles sobre los pormenores de las cosas que me acontecieron durante este lapso de tiempo, pues mi intención al escribir este artículo es hacer mi relato histórico en el contexto de mi amigo Quijote, en cuyo honor lo estoy escribiendo, y durante estas 4 o 5 semanas simplemente no tuve contacto con él. Baste decir que sobreviví debido en un 5% al entrenamiento y mi propio sentido común, y en un 95% a lo que algunos dirían que es tener buena suerte, pero yo estoy convencido que fue obra de Dios.

No recuerdo exactamente que día era cuando volví a entrar en la base, pero recuerdo vívidamente que la noche antes de yo llegar a la base fue una noche de luna llena, totalmente llena, por lo que me imagino que debe haber sido no más de un par de días antes o después del Viernes Santo, así que debe haber sido más o menos entre el 29 o 30 de Marzo y el dos o tres de Abril. Recuerdo que serían como las diez de la mañana cuando brinque la cerca.

Una vez dentro hay un camino que va por todo el perímetro de la base, el cual era patrullado constantemente. Cada 5 o 10 minutos pasaba un jeep con varios marines asignados a dicha patrulla. Al otro lado del camino había un campo de minas, y cada 20 o 30 metros había letreros que decían: “No entre. Peligro. Minas”. Después de sobrevivir varias semanas en las lomas yo no tenía deseos de volar en pedazos, así es que decidí quedarme donde estaba. En el mismo medio del camino, al lado del cerca, me senté a esperar por la patrulla.

No pasaron ni cinco minutos, y llegó la patrulla. Tres Marines se bajaron del vehículo y se dirigieron a mí con los rifles montados, demandando identificación. Me montaron en el Jeep y me llevaron al “security office” para procesarme: Fotografías, huellas digitales, etc. – parte del proceso incluía notificar a la oficina de inteligencia que había un “intruder” en la base, por lo cual en cuestión de minutos Quijote se apareció en el lugar.

La escena siguiente nunca se me olvidará. Quijote se dirigió a los que me estaban “procesando” y simplemente les dijo: Yo se que ustedes están cumpliendo con su deber, pero este individuo es responsabilidad mía. Por favor denme las fotos que acaban de tomar y la planilla con las huellas

digitales mas cualquier otro documento que hayan iniciado. Cuando le dieron las fotos y la planilla con mis huellas digitales se las metió en el bolsillo y yo salí del “security office” con él y fuímos directament para su oficina, donde lo primero que hizo fue rpiar todos los papeles en pedazos y botarlos en el cesto de la basura.

Esa tarde conversamos, le hice un recuento de todos los eventos sucedidos desde mi salida de la base, y tuve una sorpresa muy agradable: En la base estaban en ese momento Ernesto Estevan (Mariposa), y Rodolfo Hernandez (Sea Fury). Que gran placer me dio ver a estos hermanos. - Lágrimas, abrazos, en fin: Una de esas cosas que nunca se olvidan. El resto del día lo pasamos simplemente conversando y recordando. Esa noche dormí como un lirón.

Al día siguiente Quijote se reunió conmigo para darme a conocer cual sería la próxima misión. Con ayuda de Sea Fury, mi misión iba ser entrenar un grupo como de 6 u 8 individuos en el uso de explosivos, y más adelante, íbamos a ser el comité de recepción de Nino Diaz, el cual desembarcaría un poco al este de la base en un esfuerzo diversionario coordinado con el desembarque principal en la Bahía de Cochinos.

Los individuos que yo iba a entrenar se suponía que llegarían dentro de un día o dos. Mientras tanto era necesario llevar un cargamento de armas de la base a un lugar cercano en territorio cubano y esconder dicho cargamento en la cuneta al lado de la carretera, como a medio kilometro de la cerca de la base. De acuerdo a los planes que ya habían hecho, un carro pasaría por el lugar tarde en la noche, pararía en el lugar, y recogería las armas para llevarlas a su destino.

Medio kilómetro no es una distancia extrema, pero dada la cantidad de armas que habia que llevar, nos hubiera tomado numerosos viajes de ida y vuelta si hubiéramos sido solamente Sea Fury y yo. Por lo tanto, para facilitarnos la tarea y lograr hacerlo lo más rápido possible, Quijote y Pecos decidieron que ellos también tomarían parte en la operación.

Lo que les cuento a continuación no lo olvidaré jamás. Estos dos oficiales del Navy, en uniforme y sin órdenes de sus superiores, nos acompañaron en territorio cubano a Sea Fury y a mí. Ibamos los cuatro cargados como unos mulos, y así y todo tuvimos que dar dos viajes para completar la mudada.

O sea, que si hubiéramos sido solamente Sea Fury y yo nos hubiera tomado cuatro viajes y no estoy seguro de que hubiéramos terminado a tiempo.

Esa era la clase de hombre, de hermano, que era Quijote. Fue capaz de arriesgar no solamente su vida, sino además su carrera militar, para ayudarnos en una guerra que en realidad era mi guerra, no la de él. Es por eso que durante el resto de su vida siempre lo admiré y lo respeté, y durante el resto de mi vida siempre lo recordaré.

Una vez que llegó el grupo que yo debía entrenar, fue necesario encontrar un lugar apropiado para dicho entrenamiento. Dada la intensidad de las actividades de los milicianos en las cercanías de la base, el único lugar “safe” en territorio cubano era un lugar cerca de la base en el litoral mismo, que consistía solamente de arrecifes de diente de perro, y cerca del cual no había agua potable en varias millas a la redonda. Donde no hay agua no es posible subsistir, por lo cual no era posible que en dicho lugar se pudiera permanecer. - Fantástico! – Exactamente lo que estábamos buscando: un lugar en el cual no nos iban a ir a buscar.

Ahí permanecimos durante 3 o 4 días. Cada noche Sea Fury y yo cargábamos con las cantimploras de todo el grupo y nos íbamos hasta la base, brincábamos la cerca, la patrulla llamaba a Quijote el cual nos venía a buscar y llenábamos las cantimploras, después de lo cual Sea Fury y yo regresábamos cargados como mulos con agua para el día siguiente.

El 9 de Abril como a las 10 o las 11 del día, estaba sentado sobre una caja de raciones de comida y les iba a enseñar al grupo como se preparaba una carga explosiva. Todos estaban en un pequeño círculo alrededor de mí, ninguno a más de dos o tres metros de distancia excepto Sea Fury, el cual estaba de centinela con un M-3, dando vueltas como a 20 ó 30 metros del grupo, observando los alrededores.

En mi mochila tenía alrededor de 250 detonadores. Me quité la mochila de la espalda y la puse entre mis piernas. Saqué un detonador de la mochila y empecé la demostración: “ ...Se usa este alicate especial que esta hecho de un metal muy maleable y blando, que no produce chispas, para apretar el detonador alrededor del cordón detonante...” – BOOM !- Tuve la desgracia que se me cayó el detonador que tenía en la mano, el cual explotó debido al impacto al caer sobre la piedra, y al explotar uno explotaron todos los detonadores que tenía en la mochila entre las piernas.

Todos resultamos heridos con la excepción de Sea Fury, el cual, al sentir el simbombazo, vino corriendo a socorrernos. Todos estábamos atontados, heridos, y quemados. Sea Fury nos sacudió a cada uno, nos ayudó a levantarnos, y nos fue guiando fuera de donde estábamos. La base no estaba muy lejos de aquel lugar, pero estábamos en malas condiciones. Yo recuerdo que una vez que pasó el trauma inicial, cuando emprendimos la marcha yo estaba más o menos caminando al principio del viaje: bamboleando y confuso, pero caminando.

Estaba ensangrentado y debo haber perdido mucha sangre durante el trayecto pues recuerdo que las últimas 100 yardas más o menos antes de llegar a la cerca de la base yo no estaba ya caminando, sino gateando en cuatro patas. Cuando por fin llegué a la cerca misma, de levantarme para subir la cerca y dejarme caer al otro lado, ni pensarlo. No me quedaba ni una onza de energía.

Con un esfuerzo sobrehumano, Sea Fury me levantó sobre su cabeza, me colocó sobre los alambres de púas que estaban arriba de la cerca y simplemente me empujó para el otro lado, donde otro de los del grupo que estaba en mejores condiciones que yo y ya estaba del otro lado, me soportó y me depositó en el suelo. Cuando la patrulla llegó esta vez, en vez de encontrar uno o dos individuos, se encontraron con ocho o diez hombres todos desvanecidos y ensangrentados.

Como para aquel entonces el brincar la cerca era parte de mi rutina diaria, Feeney me había dado una contraseña para caso de emergencia la cual me serviría para que la patrulla me reconociera como “non-hostile”. Lo último que recuerdo fue cuando le di la contraseña al jefe de la patrulla, me di cuenta por la expresión de su cara que la reconoció, y los oí pedir una ambulancia por el walkie talkie. Hasta ahí me duraron las fuerzas. Perdí el conocimiento y no recuerdo nada más en lo absoluto.

Quijote me contó que cuando el encargado del servicio de seguridad lo llamó ese día le dijo: “Your Cuban friends are hurt and are on their way to the hospital”. Cuando la ambulancia llegó al hospital ya él estaba allí esperándonos. Dice que habló conmigo cuando me iban rodando en la camilla, pero yo debo haber estado delirando, pues no recuerdo nada de aquellos momentos.

Después de un par de semanas en el hospital en la base de Guantánamo y otras dos o tres semanas en el hospital en Fort Ramey Air Force Base en Puerto Rico, una vez recuperado de las heridas, regresé a Miami.

Durante los años transcurridos desde aquel entonces, Quijote y yo siempre nos mantuvimos en contacto, con postales en las navidades, llamadas por teléfono, etc. Hace tres o cuatro años un día que lo llamé por teléfono él no estaba en la casa y su esposa me contó que su salud estaba empezando a decaer y su mente estaba empezando a divagar. A los pocos días le di la sorpresa de aparecerme en su casa, donde pasamos el día rememorando anécdotas del pasado y disfrutando de la mutua compañía. Sentí una gran satisfacción al ver en su rostro la alegría que le proporcionó mi visita. Después de ese día hablamos por teléfono varias veces, pero ya no lo vi más.

Quijote siempre nos ayudó en nuestra causa. Como cubano, yo simplemente no tengo con que pagarle lo mucho que hizo por mí y por otros muchos que como yo estaban envueltos en la lucha por una Cuba libre.

Hemos perdido un hermano y un gran amigo. Descansa en paz, Quijote.